

UN AUTOR CORDOBÉS PARA EL QUIJOTE APÓCRIFO¹: ¿EL CLÉRIGO JUAN VALLADARES DE VALDELOMAR (1555-c. 1630) ES ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA?

ANTONIO CRUZ CASADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

El día 4 de mayo de 1941, en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el hispanista Arturo Marasso (1890 –1970) publicaba un artículo, “El autor del falso Quijote”, en el que achacaba la paternidad de la obra al clérigo cordobés don Juan Valladares de Valdelomar. Varios años después, el 20 de abril de 1947, en el mismo diario bonaerense, coincidiendo con las celebraciones cervantinas que se llevaron a cabo en torno al centenario del nacimiento de Cervantes, el mismo Marasso vuelve a insistir en la cuestión antaño planteada; el artículo se titula ahora “Sobre el autor del falso Quijote” y en él se añaden nuevas puntualizaciones mediante las cuales se refuerza la atribución indicada. Más tarde, ambos artículos pasaron a formar parte de su libro *Cervantes. La invención del Quijote* (Buenos Aires, 1954)², donde pudieron consultarse con más comodidad, al mismo tiempo que se difundían mejor unas apreciaciones que nos parece no tuvieron un refrendo especial en el ámbito del cervantismo.

Sí es cierto que se conoce su aportación y que suele citarse ocasionalmente, pero no se ha avanzado apenas en la hipótesis que el cervantista argentino planteó, derivada luego la atención de los expertos hacia otras atribuciones que han gozado de más fama, transitoria casi siempre, y de más aparente consistencia (Jerónimo de Pasamonte, Baltasar Elisio de Medinilla, Cristóbal Suárez de Figueroa, Baltasar de Navarrete, Pedro Liñán de Riaza, entre otras adscripciones recientes).

Queremos, en las páginas que siguen, revisar la hipótesis que atribuye a Juan Valladares de Valdelomar la paternidad de la obra de Alonso Fernández de Avellaneda, contando sólo con los datos textuales que suministran ambas obras y las referencias biográficas que reputamos como ciertas, referidas a Cervantes y a Valladares, sin atender a suposiciones de carácter criptográfico y a otras cuestiones de difícil comprobación.

¹ Una versión más reducida de este estudio, con el título de “Revisión de una hipótesis: Juan Valladares de Valdelomar, autor del *Quijote* apócrifo”, se expuso como comunicación en el VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (VI CINDAC), celebrado en Alcalá de Henares, del 13 al 16 de diciembre de 2006, cuyas actas se encuentran actualmente en prensa. No obstante, creemos que el público cordobés puede también estar interesado en las cuestiones que aquí analizamos.

² Arturo Marasso, *Cervantes. La invención del Quijote*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1954. Los artículos indicados, “El autor del falso Quijote” (1941) y “Sobre el autor del falso Quijote” (1947), en pp. 294-303 y pp. 304-313, respectivamente, de este volumen.

No nos parece, de entrada, que lo que afirmamos sea una verdad absoluta y plenamente convincente en todos sus extremos, pero sí pensamos que la atribución señalada goza de elementos de cierta coherencia y puede aclarar, de alguna manera, diversos aspectos en la elaboración de las creaciones de ambos autores.

La obra conocida de Juan Valladares de Valdelomar no se imprimió en su momento histórico, primer tercio del siglo XVII, aunque lleva aprobaciones del año 1617 (una de ellas de Lope de Vega), sino que tuvo que esperar manuscrita a comienzos del siglo XX, cuando vio la luz en edición preparada por Adolfo Bonilla y San Martín y por Manuel Serrano y Sanz, incluida en una colección de libros picarescos, de la que también formaron parte *La lozana andaluza*, *El coloquio de las damas*, de Aretino, o *El viaje entretenido*, de Agustín de Rojas Villandrando. Claro que no hay apenas nada picaresco o erótico en la historia que ofrece Valladares, que puede entenderse como su biografía personal, sino más bien elementos morales y religiosos acompañados de múltiples poemas. Se titula esta obra *Cavallero [sic] venturoso, con sus extrañas aventuras y prodigiosos trances adversos y prósperos*. Añade la portadilla: *Historia verdadera, verso y prosa admirable y gustosa*. A continuación se indica el autor y la destinataria de la dedicatoria: *Por D. Juan Valladares de Valdelomar, clérigo presbítero de la Ciudad de Córdoba. A doña María Sidonia, condesa de Barajas*.

Las aprobaciones y censuras son tres, fechadas en Madrid, en el año 1617, como hemos indicado; la primera de fray Cristóbal Martínez, el cual desde el monasterio de la Santísima Trinidad, el 7 de marzo de 1617, señala que el libro es útil y provechoso “y para un entretenimiento común”³, además de que no hay nada en él que contravenga las cuestiones de la fe católica, apreciación que es un lugar común de las aprobaciones eclesiásticas. La censura de Lope de Vega Carpio es un poco más amplia y se extiende algo más en lo que se refiere a sus apreciaciones positivas en torno a la obra: “muestra D. Juan Valladares, su auctor, -dice- docta elección, piedad cristiana, celo deseoso de aprovechamiento de almas” (I, p. 1); sin entrar en materia de fe, tema que corresponde al anterior fray Cristóbal Martínez, añade: “por lo que toca a mi profesión y letras humanas, lo hallo santo, gustoso, espiritual, de honesta recreación y digno de que V. E. le dé licencia para salir a luz” (ibid.). La fecha de la censura de Lope, 28 de abril de 1617, es cercana a la de las otras aprobaciones: la de fray Pedro Navarro, la tercera, desde el convento de San Francisco de Madrid, a 2 de junio de 1617, recapitula diciendo que ha hallado en el libro “doctrina útil y piadosa, mezclada con la honesta recreación de sus aventuras” (ibid.). Es, por lo tanto, un libro prácticamente preparado para la imprenta que, como muchos otros de principios del siglo XVII, no se imprimió, quizás por la carestía de papel que empezó a notarse al filo del primer tercio de la centuria⁴.

Lo que más llama la atención, en el prólogo de la obra del *Cavallero venturoso*, es su fortísimo ataque contra la prosa de ficción de la época y especialmente contra

³ Juan Valladares de Valdelomar, *Cavallero venturoso, con sus extrañas aventuras y prodigiosos trances adversos y prósperos. Historia verdadera. Verso y prosa admirable y gustosa*, pról. A[dolfo] B[onilla] y S[an] M[artín] y M[anuel] S[errano] y S[anz], Madrid, B. Rodríguez Serra, 1902, vol. I, p. 1. Las restantes referencias a esta obra se hacen en el cuerpo del texto, mediante la indicación de volumen y página correspondiente.

⁴ Jaime Moll, “Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625-1634, *BRAE*, 1974, pp. 97-103. Nos hemos ocupado en nuestra tesis doctoral de una obra narrativa compuesta en el período indicado y también preparada para la imprenta, cfr. Antonio Cruz Casado, *Los amantes peregrinos Angelia y Lucenrique: un libro de aventuras peregrinas inédito*, Madrid, Universidad Complutense, 1989, 2 vols.

el *Quijote*, libro que estaría por entonces, cercana la fecha de aparición de la segunda parte cervantina, en un momento de amplia difusión y aceptación generalizada. Escribe así Valladares: “como autor, sacerdote y solitario, no te pongo aquí ficciones de la *Selva de aventuras*, no las batallas fingidas del *Caballero del Febo*, no sátiras y cautelas del agradable *Pícaro*; no los amores de la pérfida *Celestina*, y sus embustes, tizones del infierno; ni menos las ridículas y disparatadas figas de *Don Quijote de la Mancha*, que mayor la deja en las almas de los que lo leen, con el perdimiento del tiempo; sino doctrina pura y sincera, casos verdaderos fielmente tratados, ajenos de artificio y doradura” (I, pp. 8-9). Valladares rechaza obras tan morales como la *Selva de aventuras*, de Jerónimo de Contreras (en 1615 hay una edición de esta obra en Zaragoza, por Pedro Cabarte⁵), o el pícaro *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, junto con otras de entretenimiento, como los libros de caballerías y la reciente novela cervantina, así como la corriente erótica sucesora de la antigua *Celestina*. En su lugar ofrece una narración histórica, autobiográfica, llena, según el autor, de “caballerías venturosas, aventuras maravillosas, casos prósperos y adversos, historia apetitosa, entretejida con sabrosos versos” (I, p. 8), etc., es decir, se trata de una obra ejemplar, muy moral y de alto provecho para el alma y el entendimiento.

De esta forma, a lo largo de cuarenta y cuatro capítulos o aventuras que conserva la obra (se ha perdido parte de la aventura cuarenta y cuatro y toda la cuarenta y cinco, que sucedería en la corte de Madrid, con el título “Prósperos y adversos sucesos del caballero en Madrid”, II, p. 426), asistimos a un amplio recorrido vital y geográfico por España, Italia y norte de África, de este personaje que nace, según dice, en Sansueña, el 29 de agosto de 1553 (I, p. 12), (los editores, teniendo cuenta la cronología interna de la obra, dicen que nació en 1555, II, p. 427 del apéndice) y va a dar finalmente a Madrid, en fecha posterior aunque cercana al día 2 de marzo de 1615, lunes de Carnestolendas (II, p. 416), cuando se interrumpe la acción conservada. Es decir, Valladares tiene unos seis años menos (quizás ocho años menos) que Cervantes, aunque se permite motejarlo de viejo en el prólogo del *Quijote* apócrifo, pero a lo largo de su vida hay diversas ocasiones en que ambos personajes (Cervantes y Valladares) pudieron coincidir e incluso conocerse. Además nos parece percibir algunos ecos de estos conocimientos en la experiencia y en la obra cervantina.

Llama la atención, por ejemplo, la estancia del Caballero venturoso, como él se suele nombrar casi siempre, en la corte de unos duques en los alrededores de Zaragoza, donde hace oficio de preceptor de dos hijas del citado noble (II, p. 271 y ss.), “para mostrarles letras, crianza, lenguaje cortesano y político”, y donde permanece unos ocho meses (II, p. 279), con la visita obligada a “la angélica casa de Nuestra Señora del Pilar” (II, p. 278), consiguiendo incluso la conversión de un morisco que van a ejecutar, y marchando luego hacia Barcelona, ciudad en la que tenía intención de pedir licencia para imprimir algunos libros (II, p. 290), entre ellos un *Arte de exorcista*, “un libro grande de dos cuerpos” (II, p. 280), según explica. Y nos viene a la memoria la impresión auténtica del *Quijote* apócrifo en Barcelona, no en Tarragona, como indica la portada, y como Cervantes deja más o menos claro, así como el duro retrato que nos ofrece, en su segunda parte auténtica, del clérigo acogido en casa de los nobles aragoneses que se divierten a costa de Don Quijote y Sancho: con ellos salió, dice Cervantes, “un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de

⁵ Vid. Antonio Cruz Casado, *Los amantes peregrinos...*, op. cit., I, p. 488.

sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables; destos tales, digo que debía de ser el grave religioso que con los duques salió a recibir a don Quijote”⁶. Como sabemos, tras contradecir agriamente a los personajes de la novela, el clérigo opta por marcharse de la corte de los duques e irse a su casa. ¿Hay aquí algún reflejo de una situación vivida en algún momento por Cervantes? Cualquier respuesta en un sentido o en otro puede resultar comprometida e incluso gratuita para el desarrollo de la trama del relato, aunque sabemos que el escritor alcalaíno podía partir de situaciones y personajes más o menos conocidos para sus creaciones literarias. Y al respecto, nos preguntamos también, qué sentido tiene el episodio de Sancho, cuando cae con su rucio en un profundo hoyo⁷, que recuerda, en líneas generales, al hecho que le sucede al Venturoso yendo de camino hacia Roma, cuando sufre una caída de su caballo en un barranco muy hondo, del que cuesta mucho trabajo sacarlo⁸ (e igualmente en otra ocasión queda atollado con su rocín, II, p. 127, en un lodazal, camino de Capua, también en Italia, y del que consigue salir con gran dificultad). ¿Conoció Cervantes el episodio de las caídas de Valladares y lo incluyó de alguna manera, modificándolo, en la segunda parte de su *Quijote*, donde no parece tener mucho sentido, salvo añadir una desgracia más a la vida de Sancho?

Creemos que es preciso releer con detenimiento ambas obras y resaltar los puntos de contacto, y tener en cuenta al mismo tiempo el *Quijote* apócrifo, libro tan escaso en poemas como abundante lo es el *Cavallero venturoso*. Y sin embargo, entre las pocas composiciones del libro de Avellaneda hay dos enigmas en verso, y el venturoso dice que, para el 1 enero de 1598, cuando está en Roma, entre los libros suyos ya compuestos, tiene “uno de hieroglíficos y enigmas, con versos latinos y un soneto en castellano cada uno” (II, p.123). Son abundantes los versos latinos en la parte final de Avellaneda; se trata de textos de procedencia clásica y bíblica, en tanto que el venturoso cita con singular profusión los textos bíblicos, patrísticos y devocionales más variados, casi siempre traducidos, desde San Pablo hasta Juan Clímaco, pasando, en coincidencia con Avellaneda, por San Bernardo, quizás en homenaje a Don Bernardo de Sandoval y Rojas, Arzobispo de Toledo, conocido protector de ingenios de la época. De éste había escrito Cervantes, en el prólogo del *Quijote*, de 1615: “y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera

⁶ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, Madrid, Castalia, 1978, II, p. 278.

⁷ “El haberse detenido Sancho con Ricote no le dio lugar a que aquel día llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche, algo oscura y cerrada; pero, como era verano, no le dio mucha pesadumbre; y así, se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que, buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer, se encomendó a Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos. Y no fue así, porque a poco más de tres estados dio fondo el rucio, y él se halló encima dél, sin haber recibido lisió ni daño alguno”, Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, op. cit., II, pp. 454-455.

⁸ “Caminando una mañana el Caballero, Juez y nuevo Prior, en compañía de otros caballeros, iba diciendo sus Horas en un diurnal, en un camino de unos peñascos muy grandes, resbaló el caballo y cayó con el Caballero en un despeñadero, o barranco muy hondo, que estaba al siniestro lado del camino. Acudieron luego la gente de a pie y de a caballo a socorrerlo, y no hallaban lugar ni modo cómo entrar a donde cayó; sacaron sus espadas y cortaron matas y zarzas que les impedían la entrada, y como llegaron al caído, vieron que estaba de pechos sobre muchas espinas, y el caballo los pies arriba y la silla sobre los lomos de su amo. Abajaron el caballo por aquel paso que hicieron, y luego sacaron al Venturoso, sin lesión alguna, con su diurnal en la mano siniestra, puesto el dedo pulgar en el Himno de Tercia. Dieron todos gracias a Dios, que milagrosamente le había librado” (II, p. 143).

no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las Coplas de Mingo Revulgo”⁹. Por su parte, Valladares le dedica en el



Portada de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1614),
de Alonso Fernández de Avellaneda



Portada de *Cavallero Venturoso* (c. 1617),
de Juan Valladares de Valdelomar (edición de 1902)

⁹ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, op. cit., II, p. 36. También el licenciado Márquez Torres, en los preliminares de esta segunda parte, se hace eco de la importancia del personaje eclesiástico: “Certifico con verdad que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, a pagar la visita que a Su Ilustrísima hizo el embajador de Francia”, etc., *ibid.*, p. 30.

cuerpo de su obra dos sonetos con estrambote, bastante encomiásticos¹⁰, en los que se advierte un claro sentido petitorio. Si tan alto personaje eclesiástico era mecenas de ambos ingenios, ya podemos encontrar aquí argumento suficiente, a nuestro entender, para que Cervantes no desvelase nunca la auténtica personalidad de Avellaneda, lo que hubiera supuesto, de alguna manera, faltar el respecto debido a tan excelso

¹⁰ De acuerdo con el contexto cronológico de la obra, estos poemas hay que situarlos con posterioridad a 1591, cuando está en la ermita de San Juan de la Penitencia, en Navarra (vid. I, p. 263, según podemos comprobar en la biografía de don Bernardo de Sandoval, entre 1588-1596, este religioso fue Obispo de Pamplona) y se incluyen con el siguiente comentario previo: "El primer año hizo sembrar dentro de su cerca una hanega de trigo para su sustento, por orden de su confesor, y como no hubo en el bosque lugar en qué hacer era para aventar el trigo trillado se perdió toda su sementera. Súpolo el Obispo, y envióle a decir que no sembrase trigo, sino lágrimas, y cogería pan para su año. El Caballero ermitaño le respondió con estos dos

SONETOS

Las Rojas aguas de mi suerte dura,
con la experiencia me han mostrado claro
que en este yermo no me será avaro
el que con banda negra me asegura.

Con Rojas esperanzas de hartura
(según me lo mandáis) no siembro ni aro,
pues tengo cinco estrellas por reparo
que una sola bastaba a dar ventura.

De hoy más no siembro en tierra, sino en cielo;
no trigo, sino santas oraciones
regadas con los ojos de contino.

Con esto cogeré pan y consuelo
del que sustenta tantas religiones
con generoso pecho tan benigno.

En el favor divino
y en los tres, Sandoval, Rojas, Bernardo,
mi buena suerte y mi sustento aguardo.

OTRO AL MISMO

Bernardo sacro, por las cinco estrellas
Rojas de sangre, que a la negra banda
del Sandoval, quien sobre estrellas anda
os puso como un sol en medio dellas,
os pido por merced, que enternecellas
con caridad dejéis a mi demanda,
que es pobre, honesta, honrosa, justa y blanda,
y tal, que arroja al cielo sus centellas.

Ya sabéis cierto que esta vuestra oveja
vive del Verbo y pan tan solamente,
y un pequeño le basta cada día.

Dádselo vos mientras se os apareja
silla más alta, porque a un penitente
limosna tal al cielo y tierra expía.

Ultra que el alma mía
anhela a vos, y pues de pan carezco,
daréislo a Dios, que yo no lo merezco.

Como ya el generoso Prelado estaba movido a hacer lo que solía con todos los pobres, sirvieron estos versos de despertador, y envióle cada año seis hanegas de pan biscochado, cuatro quesos, un cántaro de arroyo y alguna fruta de colgar" (I, pp. 275-277).

protector, el cual, fallecido en 1618, tenía en los años de composición y edición de ambas obras (*Cavallero venturoso*, c. 1616-1617, para la fecha de conclusión; segunda parte del *Quijote*, 1615), un inmenso prestigio y mayor poder, si cabe, como tío del todopoderoso Duque de Lerma, valido de Felipe III. Por otra parte, la destinataria del libro, a la que el autor llama "Mi señora" (I, p. 3), era nada menos que la Condesa de Barajas, doña María Sidonia Riderer¹¹, la favorita de la reina Margarita de Austria, a la que ni siquiera los malos oficios del Duque de Lerma habían conseguido separar de su soberana, en el intento de aislar por completo a los monarcas y rodearlos de personas completamente adictas al valido. María Sidonia estaba casada con don Francisco de Zúñiga y Cisneros, Conde de Barajas, importante personaje de la corte española. Es decir, el libro y su autor aparecían blindados contra cualquier ataque al presentarse protegido por la alta aristocracia austriaca y la más influyente autoridad eclesiástica, amén de otros valedores ocasionales de los que el Venturoso se jacta a lo largo del libro.

Y aunque el libro de Valladares es de tendencia más bien culta, moral y religiosa, el autor no se olvida de incluir diversos refranes, como se hace en ambos *Quijotes*; de esta manera, en una composición poética (II, p. 84 y ss.), encontramos los siguientes: "más sabe el loco en su casa / que no cuerdo en el ajena"; "el que a buen árbol se arrima / buena sombra le cobija"; "más da el duro que el desnudo"; "dádivas quebrantan peñas / y palabras corazones"; "con pan mis duelos son menos", etc., dichos populares que no desentonarían en la boca de cualquiera de los dos Sanchos, el de Cervantes o el de Avellaneda, aunque éste último suele trabucarlos, como sabemos. De manera ocasional hay otros refranes dispersos, pero pocos en proporción con la extensión de la obra, aunque aquí no aparecen elementos picarescos marcados sino una historia que se pretende real y auténticamente sucedida. "En bien vengas mal, si vienes solo" (I, p. 75); "el hambre y el mal abrigo llevan al hombre en casa de su enemigo" (I, p. 134); "el que ama el peligro en él perece" (ibid.); "al buen pagador no le duelen prendas" (II, p. 356), dice el narrador en otros lugares. Ocasionalmente, Valladares se muestra también interesado en otros aspectos de la cultura popular, como se documenta en el poema "Ensalada" (I, p. 230 y ss.), en el que encontramos insertos diversos poemas de la tendencia apuntada, como el conocido "Caminad, señora¹², / si queréis caminar, / que los gallos cantan; / cerca está el lugar" (I, p. 235).

Un rasgo de estilo que emplea también Valladares es la inclusión de enumeraciones casi exhaustivas a propósito cualquier tema, como lo hace igualmente Avellaneda en

¹¹ Cfr. Antonio Feros, *El Duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 320, n. 43. Para el marido de María Sidonia, ibid., p. 45. En otro lugar, la Condesa de Barajas aparece como María Riedren, probable error de transcripción, y citada al par que la reina Margarita, lo que indica una cercanía extrema con respecto a los monarcas españoles; de esta forma, en un sarao que tiene lugar en Valladolid, con motivo del nacimiento del príncipe Felipe acaecido en esa misma ciudad (8 de abril de 1605, viernes santos), se enumeran en primer lugar los nobles y las damas de la corte y, cerrando el cortejo, los siguientes personajes: "El Rey. / El Duque de Lerma. / La reina y doña María Riedren", Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastiginia (Vida cotidiana en la corte de Valladolid)*, trad. Narciso Alonso Cortés [1913], Valladolid, Ayuntamiento, 1989, p. 156.

¹² Para este cantarillo popular, cfr., entre otros estudios posibles, vid. José María Alín, ed., *Cancionero tradicional*, Madrid, Castalia, 1991, p. 206. Creemos que el poema adaptado a la Navidad se incluye también en el *Cancionero para cantar la noche de Navidad y las fiestas de Pascua* (Alcalá, 1603), de Francisco de Ocaña (edición moderna, Valencia, 1957, con introducción de Antonio Pérez Gómez), texto un tanto cercano cronológicamente al *Cavallero venturoso*. La versión de Francisco de Ocaña, que comienza: "Caminad, Esposa, / Virgen singular; / Que los gallos cantan, / Cerca está el lugar", se puede consultar en la página web: <http://www.catholic-church.org/iglesia/maria/poemas.htm>.

varias ocasiones; de este forma, escribe Valladares: “Unos hacían votos y promesas a Dios y a sus santos de ser religioso, de hacer decir misas, de enmienda de vida, de ayunos, penitencias, limosnas” (I, p. 45); “esta música desacordada y lamentable era ocasión a los patrones, cómitres, sotacómitres [ambas palabras sin acento en el original], pilotos y marineros a que contrapunteasen con sus acostumbradas blasfemias, maldiciones y juramentos” (ibid); “Arcos, ballestas, coseletes, lanzas, / espadas, alabardas, / arcabuces, bombardas” (I, p. 182), etc¹³. Avellaneda, por su parte, dice que don Quijote, en sus propios términos, puede desafiar “no solamente al cura, sino a cuantos curas, vicarios, sacristanes, canónigos, arcedianos, deanes, chantres, racioneros y beneficiados tiene toda la Iglesia Romana, Griega y Latina; y a todos cuantos barberos, médicos, cirujanos y albéiteres militan debajo de la bandera de Esculapio, Galeno, Hipócrates y Avicena”¹⁴. (Se pueden localizar otros ejemplos en el mismo texto¹⁵).

Incluso una expresión tan particular como “tener el molino picado”, equivalente a tener mucha hambre, se documenta en ambos autores con el mismo sentido; así escribe Avellaneda: “Y, con esto, tiraba a cada paso a Rocinante de las riendas hacia atrás, porque se fatigaba mucho por entrar en la venta, que también tenía picado el molino, como Sancho Panza”¹⁶; y Valladares: “Y porque no hay fiesta cumplida al cuerpo humano sin comer, abrieron el segundo pastel de colaciones y dulces, con que consumaron su fiesta merendando, que todas eran gente moza, a que todo tiempo tienen el molino picado” (I, p. 81). Obviamente la expresión no es exclusiva de ambos, sino

13 Más ejemplos: “aunque la carne, el diablo, enemigos de Dios, y otros pecados son mayores contra él que la deshonestidad y lujuria, empero ninguno es tan bestial, tan terreno, tan bajo, tan vil, tan sucio y tan apocado como la lujuria deshonesta” (II, p. 199); “Pues adobóse todo esto con partir de Valencia el día que comenzaron las más recias y continuas aguas del invierno, hielos, granizos, nieves y furiosos vientos, más que en muchos años se habían visto” (II, p. 414); “duró veinte días con parte de las noches, padeciendo intolerables trabajos, que fueron tantos los ríos, arroyos, pantanos, lodos, cuevas y bajadas, que casi todo el camino se pasó la mitad a pie” (II, pp. 415-416); “Aquí escribió de su mano un libro grande en dos cuerpos, llamado *Arte de Exorcistas*, con la doctrina de cómo sean posibles las espantosas obras del demonio, y de sus hechiceras y brujas; con diversos exorcismos, bendiciones y remedios espirituales, naturales y medicinales; para curar y sanar (con ayuda de Dios) endemoniados, demonios arrimados, illusos [sic], asombrados, enhechizados ligados en matrimonio, embrujados, casas molestadas de demonios o duendes; contra granizo y tempestades, langostas, y todo animal dañoso; para melancolía, mal de ojo y toda suerte de calenturas, sacado de sagrados y diversos autores” (II, p. 280); con todo, este último ejemplo, no es muy representativo, puesto que existen múltiples obras que ofrecen una indicación de su contenido mediante la simple enumeración, como aquí sucede.

14 Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, ed. Fernando García Salinero, Madrid, Castalia, 1971, p. 93. Una edición más reciente de esta obra: Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000; del mismo editor, cfr., Luis Gómez Canseco, “Don Quijote avellanizado y desavellanizado”, en AAVV., *4 siglos os contemplan. Cervantes y el Quijote*, Madrid, Eneida, 2006, pp. 37-48

15 Un ejemplo más: “¡Presto, Sancho, presto, dilo! Que importa para que, conforme a la gente, hagamos en este grande prado trincheas, fosos, contrafosos, rebellines, plataformas, bestiones, estacadas, mantas y reparos para que dentro les echemos naranjas y bombas de fuego, disparando todos a un tiempo nuestra artillería, y primero las piezas que están llenas de clavos y medias balas, porque éstas hacen grande efeto al primero ímpetu y asalto”, Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, ed. Fernando García Salinero, op. cit., p. 111. Otros textos con enumeraciones del mismo tipo: “Al fin el rey y la reina llevaron todos sus dineros a Castilla en carros, coches, carrozas, literas, caballos, acémilas, machos, mulas, jumentos y otras personas deste compás”, *ibid.*, pp. 284-285; “para metelles en crueles y obscuras mazmorras con otras muchas princesas, caballeros, pajes, escuderos, carrozas y caballos que en él tienes”, *ibid.*, p. 346.

16 *Ibid.*, p. 100.

que se encuentra también en otros textos y autores de la época, como comprobamos en *La pícaro Justina*, de Francisco López de Úbeda (“Salimos de la iglesia llevando algo picado el molino del estómago, con ánimo de ir a moler debajo de nuestra carreta”¹⁷). (Otro ejemplo de la pícaro Justina: “Eso era mucho lanzón, en especial quien traía el molino corrido de puro picado”)¹⁸.

Claro que estas afinidades apuntadas y muchas más que se podrían perseguir no tienen un valor probatorio definitivo, pero inciden en la dirección sugerida que pretende la identificación entre Valladares y Avellaneda.

El mismo nombre de Alonso Fernández de Avellaneda se parece mucho a uno de los familiares de Valladares, concretamente al abuelo, que se llamaba Alonso Fernández de la Reguera; hay otros Alonsos Fernández en su familia, por lo que se podría pensar que recurrió a un nombre familiar que ocultaba y descubría al mismo tiempo su auténtica personalidad, y Cervantes, que lo sabía sin duda, como buen conocedor de las cosas de Córdoba, de donde en una ocasión dijo ser natural¹⁹, quiso jugar aún más al despiste y embarullar la cuestión indicando que el autor era aragonés, quizás para confundir más al probable pesquisador del asunto, porque Sansueña, designación que Cervantes aplica a Zaragoza, en el *Quijote* (II, 26, en el episodio del retablo de Maese Pedro), es también nombre que se daba a Córdoba²⁰ en algunas ocasiones (y en la actualidad es un topónimo que se aplica a una zona residencial de la ciudad andaluza en la sierra; hay allí incluso una calle llamada así). Por ejemplo, en algunos textos de Góngora se alude a la identificación mencionada, como sucede en el título que a veces se da al romance burlesco “Desde Sansueña a París” (1588), que, en el manuscrito de don Martín de Angulo y Pulgar (ahora en la Fundación Juan March), indica lo siguiente: “Por cierto caballero que decía se llamó antiguamente Córdoba Sansueña, y que por

¹⁷ Francisco López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina* [1605], en *La novela picaresca española*, ed. Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1978, tomo I, p. 942.

¹⁸ *Ibid.*, p. 950. Más ejemplos en *La pícaro Justina*: “Estos perdones fueron para mi jubileo plenísimo, porque como partí sin cenar más que de una empanada, a la salida de la ciudad, traía picado el molino, y en un punto comí tanto del perdón que, si como quedé sin pena, quedara sin culpa, fuera jubileo de veras”, *ibid.*, p. 1007; “El molino de mis tripas iba bastante picado, y como mis ocupaciones habían sido tantas que me estorbaron al prevenir comida, lo más a propósito que se me ofreció fue injerirme a buenas gentes y comer a bulto”, *ibid.*, p. 1021. En el *Quijote* de Cervantes la expresión parece tener otro sentido: “Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio a sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro”, Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, op. cit., II, p. 575.

¹⁹ Cfr. Antonio Cruz Casado, “El reflejo de Córdoba en la obra de Cervantes”, en *Sobre Cervantes*, ed. Diego Martínez Torrón, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, pp. 137-169, y “Miguel de Cervantes, “natural de la ciudad de Córdoba”: el proceso del cómico Tomás Gutiérrez contra la Cofradía del Santísimo Sacramento (Sevilla, 1593)”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LXXXIV, n° 149, julio-diciembre, 2005, pp. 145-180.

²⁰ El mismo Valladares deja claro que con la designación Sansueña se refiere a Córdoba ya desde el comienzo, aunque dice, en el prólogo, que omite los nombres auténticos de personas y de lugares: “Hase de advertir que en todo este libro, en lo más principal, por ser vivas la mayor parte de las personas de quien se trata cuando se ha escrito, no se ponen nombres, ni de ciudades, ni lugares, de que se pueda venir en conocimiento, por justos respetos; lo cual conviene para poder hablar con más libertad” (I, p. 9). En el capítulo primero de la narración, al referirse a los caballos cordobeses, indica: “Pero si en otro lugar o reino que no hay tales jinetes y caballos como en Sansueña les pareciera imposible, advierto que dijo Séneca: Lo mejor del mundo es Europa; lo mejor de Europa, España; lo mejor de España, la provincia Bética (dicha Andalucía), y lo mejor de la Andalucía, Córdoba. Así digo yo: que los caballos de Sansueña son los mejores del mundo en hecho y fama” (I, pp. 13-14). Junto a esto, se incluye un largo y mediano poema (Valladares es versificador que conoce bien la técnica pero escasamente inspirado), en tercetos, dedicado a Córdoba: “¡Oh! Córdoba felice y más famosa”, etc. (II, pp. 54-56).

una ventana de su casa sacó D. Gaiferos a Melisendra. Desto se toma ocasión para debajo de nombres franceses dar cuenta de algunas cosas que pasaban en su tiempo. Es admirable y de grande espíritu y secretos”²¹ (grafía actualizada). Eugenio Asensio dice que este romance “describe a lo burlesco la evasión de Melisendra, guaseándose de paso de las pretensiones de cierto hidalgo cordobés”²².

Por otra parte, en el texto del *Quijote* apócrifo, hay diversas menciones de Córdoba; incluso hace, irónicamente, de Rocinante un caballo cordobés: “Rocinante, señor, el mejor caballo es que se ha criado en Córdoba”²³, dice don Quijote, en lo que algunos han querido ver una intención malévolamente hacia Góngora, basada en la similitud fonética de rocinante y racionero, cargo catedralicio que ostentaba el poeta²⁴. Hay también muchas referencias al alevoso príncipe de Córdoba, en boca de don Quijote, a raíz de un ensayo o representación de una comedia de Lope, en Alcalá de Henares, *El testimonio vengado*²⁵, en la que no hay ningún personaje que proceda de la ciudad indicada, por lo que todo se queda en una invención del caballero, producto de su mala información, aunque efectivamente se encuentran referencias a un hermoso caballo cordobés cuya posesión y disfrute motiva los sucesos fundamentales de la acción.

Además, en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* (1615), Cervantes advierte a Avellaneda que no vuelva a tomar de nuevo la pluma, no sea que le pase como a un loco de Córdoba, precisamente de Córdoba, que llevaba en su cabeza un canto de piedra para dejarlo caer en los perros callejeros y al que un bonetero mide bien las costillas, de tal manera que, diciendo “Éste es podenco, guarda”²⁶, no se atrevió a soltar más el canto.

Pero hemos cortado demasiada tela para coserla en esta ocasión y en tan poco espacio de tiempo. Más vagar y meditación pide la tarea emprendida. No obstante intentaremos dar una idea de la trayectoria vital de Juan Valladares de Valdelomar, siguiendo su libro, obra poco leída al parecer, vida que en ocasiones corre un tanto paralela con la de Cervantes.

Nacido en Córdoba (o Sansueña), como dijimos, algunos años después que Cervantes, en 1553 o 1555, parece que todavía está vivo en 1630, cuando es objeto de un proceso. Su familia pertenece a la hidalguía ciudadana; su padre, don Alonso de Valdelomar, conocido como el Capitán Toreador, fallecería en 1569, y había obtenido el hábito de Santiago en 1531. Sus abuelos eran don Alonso Fernández de la Reguera o de Valdelomar y doña Leonor Fernández de Valdelomar; el abuelo, que ostentaba el cargo de veinticuatro de la ciudad y vecino de la misma, fundó en 1551 un mayorazgo en Castro del Río, a favor de su hijo don Alonso de Valdelomar. Recordemos al respecto que en uno de los muchos viajes del protagonista, el venturoso llega a una villa de mil quinientos vecinos, a nueve leguas de Sansueña (Córdoba), es decir a unos

²¹ Vid. Luis de Góngora, *Romances*, ed. Antonio Carreira, Barcelona, Quaderns Crema, 1998, vol. I, p. 453.

²² *Ibid.*

²³ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, ed. Fernando García Salinero, op. cit., p. 69.

²⁴ *Ibid.*, n. 73.

²⁵ *Ibid.*, p.358: “comenzaron a ensayar la grave comedia de *El testimonio vengado*, del insigne Lope de Vega Carpio, en la cual un hijo levantó un testimonio a la reina, su madre, en ausencia del rey, de que acomete adulterio con cierto criado, instigado del demonio y agraviado de que le negase un caballo cordobés, en cierta ocasión, de su gusto, guardando en negarle el orden expreso que el rey, su esposo, le había dado”.

²⁶ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, op. cit., II, p. 35.

43 kilómetros, que está libre de una peste generalizada en aquellos años (comienzos del siglo XVII)²⁷, donde, dice, vivían “algunos parientes cercanos del Caballero” (II, p. 163)²⁸; es posible que esta villa, donde consigue fundar un convento, llamado de San Juan²⁹, el 20 de agosto de 1602, sea Castro del Río (ahora se dice que hay entre ambas poblaciones, Córdoba y Castro, una distancia de 42 km.), aunque parece que esta fundación no se consolida por necesidad de autorizaciones especiales, lo que conlleva que el protagonista tenga que marchar a Madrid, cruzando Sierra Morena, donde es asaltado por unos bandidos, y en la capital pide el favor real. Va luego a Valencia, donde dice que se celebran cortes, y por último a Valladolid, sede de la corte durante unos años, como sabemos; allí alcanza licencias del rey y del nuncio apostólico para su fundación religiosa. En la misma Valladolid vive por entonces Miguel de Cervantes.

Pero retrocedamos a los años juveniles del caballero venturoso y veremos que la trayectoria vital del personaje se parece un poco a la de Cervantes, aunque con algunas fechas de diferencia. De esta forma, el venturoso viaja a Italia, pasando por Cartagena, y se embarca como soldado hasta Nápoles; tiene 19 años y al mando de la expedición va don Juan de Austria (I, p. 11), con 30 galeras. Desde Barcelona tarda 15 días en llegar a la ciudad italiana indicada; es el 13 de junio de 1575 (por entonces Cervantes embarca hacia España y su galera va a ser aprisionada por los piratas turcos, iniciándose así la fase del cautiverio). Luego viaja a Tarento (Taranto, en el texto), a 80 leguas de Nápoles, y explica la historia de la tarántula, o tarántola, su picadura, el baile consecutivo, etc. Enferma de calentura, y una dama se enamora de él; un capitán celoso lo manda encarcelar; finalmente sale libre, tiene 20 años y ha estado poco más de un año en el ejército (I, p. 33; en otro lugar dirá que ha estado año y medio). Viaja a Roma, con la intención de hacer confesión general de sus pecados, y allí llega el 28 de marzo de 1576; en la ciudad eterna pasa necesidades, hasta que un camarero secreto del Papa, que es un paisano de Sansueña, le busca una colocación: será paje del embajador de España, y aprovecha para aprender diversos oficios (platero, relojero, etc.). También en Roma hace voto de ser fraile descalzo de San Francisco (I, p. 39).

Tras diversas aventuras y nuevo encarcelamiento, acusado de un robo que no ha cometido, consigue embarcarse en Génova y regresar a su tierra natal, también por el puerto de Cartagena. El regreso es accidentado, sufren una gran tempestad en el golfo de León, ven el fuego de San Telmo (I, p. 46), y el protagonista reza el rosario; finalmente la lluvia cesa. (En otro lugar de la obra, el caballero se manifiesta también devoto del rosario, como su madre recién fallecida: “Que della [de la Virgen] fue muy devota / y con su rosario y preces / me ganó la protección / deste hijo inobediente”, I, p. 143). En su ciudad vuelve a estudiar en el Colegio de la Compañía de Jesús (hay en Córdoba un afamado colegio de esta orden religiosa, en el que se pensó alguna vez que Cervantes pudiera haber estudiado en su adolescencia, si es que no lo hizo en Sevilla). Pero se detiene poco con la familia; el rey don Sebastián de Portugal convoca

²⁷ Castro del Río sufre el azote de la peste en 1601, cfr. Juan Aranda Doncel, *La villa de Castro del Río durante el último tercio del siglo XVI*, Córdoba, Ayuntamiento de Castro del Río / Diputación Provincial, 1993, p. 28 y ss.

²⁸ Efectivamente, aquí reside el alguacil mayor de Castro, Luis de Valdelomar, que debe ser pariente del clérigo Juan Valladares de Valdelomar, nuestro escritor, junto con otros miembros de su familia, cfr. Juan Aranda Doncel, *La villa de Castro del Río durante el último tercio del siglo XVI*, op. cit., pp. 112-113.

²⁹ No hemos visto, entre las fundaciones religiosas de Castro del Río, ningún establecimiento con ese nombre, en el libro citado de Aranda Doncel, aunque existen diversas ermitas con variadas advocaciones; hay que tener en cuenta que esa fundación no se consolida, como se indica a continuación, en la narración de Valladares.

una expedición al norte de África, y el caballero se alista de nuevo en el ejército; salen cuatro compañías de su ciudad; pasan por Cádiz, donde el Duque de Medina Sidonia agasaja al rey de Portugal y le ofrece festejos de toros y cañas. Va luego a Ceuta y a Tánger (Tanjar en el texto), cuando se da la batalla de Alcazarquivir tiene 23 años; dice que es el domingo³⁰, 28 de julio de 1578 (I, p. 65). Cae cautivo en el norte de África (recordemos el destino paralelo de Cervantes en la ciudad de Argel); está en Tetuán, donde lo compra un judío, por treinta piezas o reales de a ocho (I, p. 68); como tiene muy mal aspecto (herido, flaco, desangrado) no es elegido para ir a Constantinopla con los cautivos de mejor presencia. Pero la joven hija del judío lo socorre, se ha enamorado de él (y aquí recordamos la historia del capitán cautivo cervantino). Está solo seis meses en el cautiverio, y entonces escribe un libro en octavas reales sobre la batalla de Alcazarquivir, pero el volumen se pierde.

Pide a su madre quinientos ducados de rescate, que le llegarán por la ciudad de Melilla y por mediación de un religioso de la orden de la Santísima Trinidad, que trae el rescate del venturoso empleado en bonetes largos turquescos, de los que se hacen en Sansueña. Vive luego una etapa de cierta estabilidad en su ciudad, y allí se dedica a enamorar a una dama rica y joven; en una reyerta le quiebran un ojo. Este suceso le impedirá luego, como es su deseo, ser ordenado sacerdote y fundar una comunidad religiosa, cuestión que finalmente se arreglará³¹ con una dispensa, mientras el personaje evoluciona por diversos lugares de España, Portugal e Italia con múltiples aventuras y sucesos, en los que no podemos detenernos. Incluso consigue ser recibido por el rey Felipe III y visita a Santiago Apostol, patrón de España: “a 7 de abril [de 1607]³², segundo día de Pascua de Flores, fue llevado con mucha instancia de un señor de título a Galicia a otras obras mayores, con cuya ocasión visitó el santo y milagroso Crucifijo de la ciudad de Orense y la casa del bienaventurado Apostol Santiago, patrón de España; llegó al Patrón y pasó por el agujero que dicen, y a la vuelta dijo misa en el mismo altar del dicho Crucifijo; una novna, día del Corpus, con su octava; dicen haber hecho aquel Christo de Orense San Lucas Evangelista de su mano” (II, p. 244). Mientras tanto el venturoso escribe múltiples libros, de los que da títulos e indicaciones del contenido, cartapacios que pretende editar y que casi nunca (o nunca) consigue ver impresos. A los cincuenta y seis años (II, p. 250), tiene ya compuestos unos trece volúmenes: *Canto suave de justos y consejos de pecadores. Diálogo entre un ermitaño y un poeta, en prosa y verso, de cómo cayó el hombre del estado de la gracia y cómo lo ha de recuperar por la penitencia hasta llegar al de la perfección por sus tránsitos* (I,

³⁰ Los textos históricos indican que la batalla tuvo lugar el día 4 de agosto de 1578. Esta diferencia de fechas (unos siete días) quizás pueda explicarse por la reforma gregoriana a la que se ve sometido el calendario oficial, en el año 1582 (como se sabe, al jueves, 4 de octubre de 1582, le sucede el viernes inmediato, que es el 15 de octubre de 1582, omitiéndose diez días). También puede pensarse que la memoria del Caballero Venturoso no es extremadamente fiel al hecho histórico en cuestión e incluye una fecha aproximada, recordada en el momento que compone su obra (principios del siglo XVII). Para el reflejo literario de la pérdida del rey portugués, cfr. Juana Toledano Molina, “La pérdida del rey don Sebastián en Barahona de Soto y en Fernando de Herrera”, en Antonio Cruz Casado, ed., *Luis Barahona de Soto y su época (Actas del congreso internacional)*, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2001, pp. 295-308.

³¹ “[...] Se ordenó el Caballero Venturoso en tres tóporas de la cuaresma. A 17 de marzo de 1602 tomó el presbiterado, siendo de edad de cuarenta y siete años. A los ocho días pasados en la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, en su Iglesia de Nápoles con honrados padrinos cantó la primera misa. / Pasados dos meses volvió a Roma, el nuevo sacerdote” (II, p. 139).

³² Creemos que se trata de ese año, porque se trata de una narración que sigue aproximadamente un orden cronológico y la indicación previa más concreta se encuentra unas páginas antes e indica: “Un sábado, a 17 de junio de 1606, viniendo el desventurado Caballero de casa” (II, p. 224), etc.

pp. 156-157); *Espejo de penitencia*, en octavas, a imitación de Santa María Magdalena (I, p. 198); *Epistolario*, primera parte (II, p. 48 para este título y el siguiente); *Justas literarias entre poetas* (I, p. 237); *Bosque espiritual de muchos versos en loor de santos devotos*; *Libro de hieroglíficos y enigmas*, con versos latinos y un soneto en castellano cada uno (II, p. 123, igual para los dos títulos siguientes); *Tratado de la tribulación*, con psalmos en verso castellano en cada capítulo; *Musa del alma devota, en versos espirituales a todos estados*; *Devocionario y ejercicios cotidianos*, en latín y vulgar; *Flor de sentencias y lugares comunes*, en latín y vulgar; *Jardín filosófico de secretos naturales de medicina y cirugía* (Virtudes de piedras, de aves, animales y tropelías); *Manual de exorcismos, bendiciones y remedios para sanar endemoniados y enhechizados*, en latín; *Remedios o avisos para conservar la castidad*, en vulgar (II, p. 252); *De Fisionomía natural y esfera celeste* (II, p. 363); *Títulos de cartas y conceptos de varias materias para saberlas notar* (ibid.); *Valladares de flores divinas, con variedad de versos en alabanza de algunos santos que honra la Iglesia*, conocidos, con muchos conceptos, metáforas y sentencias³³ (II, pp. 363-364); *Tratado de liberaciones y curas de endemoniados, enhechizados, ligados en matrimonio, embrujados, de mal de ojo, melancólicos y de calenturas* (II, p. 387), etc., libros graves y ajenos a la prosa de ficción como puede colegirse de sus títulos, además del *Cavallero venturoso*, que tiene, en la edición de 1902, la única existente, dos volúmenes que suman un total de más de más de setecientas páginas³⁴ (I, 287; II, 426).

³³ Aquí dice que llevaba ya compuestos 16 libros (II, p. 364); no se determinan bien los sintagmas que forman parte del título de la obra y los que constituyen comentarios o indicaciones sobre su contenido.

³⁴ Por otras vías, tenemos noticias de que el clérigo fue procesado, según se desprende del texto: *Resumen del proceso del clérigo Juan de Valladares, que quiso introducir en el Madrid la Orden de los Caballeros de San Jorge de la que se titulaba gran prior y comendador mayor*, BNM ms. 10475, ff. 184 r. -189 r. El proceso comenzó en 1630, por lo que hay que suponer que hasta entonces estaría vivo Valladares. Se encuentran al menos dos menciones de San Jorge en el *Quijote* de Avellaneda ("¡Espera, dragón maldito, sierpe de Libia, basilisco infernal! ¡Verás, por esperiencia, el valor de don Quijote, segundo san Jorge en fortaleza!", Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, ed. Fernando García Salinero, op. cit., p. 88; "y el príncipe Periano y el señor don Carlos y don Álvaro con los demás, desquijarándose de risa, y vuesa merced, armado como un San Jorge, contemplándose a su reina Segovia", ibid., p. 428); por otra parte, no hay que olvidar que este santo es el Patrón de Aragón, lo que no desentona del pretendido aragonesismo de Avellaneda. El propio Valladares cuenta que tomó el hábito de esta orden militar, en 1585, en estos términos: "Con el dinero que tenía ganado púsose su hábito de Caballero y entró a servir de gentil hombre al Cardenal Alejandrino, cabeza de la misma Congregación; el cual, en el mismo año de 1585, le hizo dar el hábito y cruz militar de San George, y fue a recibirlo, y profesólo en las galeras de Nápoles a 22 de Diciembre. Y con sus dos cruces a cuestras lo dejaremos haciendo vestidos militares", I, p. 198. En el soneto inicial de don Lorenzo Zamudio al autor se dice que el Caballero venturoso es imagen de San Jorge que vence al dragón: "Aqueste Caballero Venturoso / de San George es retrato verdadero, / pues con lanza y corazón de acero / ha vencido al dragón más ponzoñoso" (I, p. 2). Con respecto a la personalidad de este huidizo sonetista, don Lorenzo Zamudio, no hemos podido averiguar nada de provecho, aunque sabemos que Lope de Vega incluye, al comienzo de *La hermosa de Angélica* [1602], un poema en cuatro quintillas que achaca a doña Catalina Zamudio, y que parece ser obra del propio poeta. ¿Se esconde Lope de Vega tras el nombre de Lorenzo Zamudio en este mediano soneto? No obstante, hay que dejar constancia de que, en aquellas fechas, existe algún relevante personaje cortesano que lleva ese apellido: don Andrés Zamudio de Alfaro, médico de Felipe III, cfr. Cayetano Alberto de la Barrera, *Nueva biografía de Lope de Vega*, Madrid, Atlas, 1973, I, p. 92, n. 1 Como se sabe, en *La hermosa de Angélica* hay un soneto elogioso dedicado por Cervantes a Lope.

No podemos abundar más en la cuestión en este momento³⁵. Pero creemos que las afinidades, puntos de contacto, coincidencias vitales entre ambos escritores, algunas de las cuales hemos ido señalando, amén de diversas sugerencias más, nos permiten concluir que no debemos olvidar a este clérigo cordobés como presunto autor del *Quijote* apócrifo, tema que ha dado origen a tantos arroyuelos de tinta de imprenta y que sin duda los seguirá originando, si es que ya los libros no se editan sólo en soporte informático. Y es que, de una u otra manera, casi siempre que nos acercamos a Cervantes solemos recalcar también en Avellaneda, en el casi insondable enigma del polémico Avellaneda.

Lucena, 31 de diciembre de 2006

SELECCIÓN DE TEXTOS

Dado que el volumen del *Cavallero venturoso* parece ser poco conocido entre la mayoría de los lectores que se ocupan del Siglo de Oro, creemos conveniente incluir aquí una pequeña selección de fragmentos de la obra para que el interesado pueda tener una experiencia directa de su valor literario, independientemente de la posibilidad de que Juan Valladares de Valdelomar pueda ser el nombre auténtico del autor del *Quijote* apócrifo.

1. Habilidades ecuestres y taurinas del padre del protagonista

Su padre fue Capitán de Caballos del Emperador Carlos V, llamado por nombres famosos: en la región Bética, el *Toreador*; y en África, *Cabeza de hierro*, por sus grandes fuerzas y ánimo valeroso, y era temido en toda la morisma. Fue uno de los Capitanes que en el año 1525 prendieron al Rey de Francia, y se le dio Real privilegio para añadir en el escudo de sus armas su brazo armado cortando una flor de lis. Hallándose en la de Túnez, guerras de Mazalquivir y Orán, volvió a su patria con mucha cantidad de esclavos y esclavas, que a todos hizo cristianos, y con algunas banderas de infieles. Era tan gran jinete, que corría un caballo sin cincha ni pretal, y daba vueltas a la redonda con el cuerpo encima de la silla, sin quitar el pie siniestro del estribo. Hacía parar en medio la carrera al caballo, sueltas las riendas, con sólo apretarle las piernas fuertemente en la barriga. Jugando a las cañas, mataba con la caña al que tardaba a cubrirse con la adaraga, y algunos certificaban que la hincaba en ella. Esperaba un toro encima un caballo, con sólo un puñal en la mano, y al arremeter, hurtándole el cuerpo, al mismo punto le hería con él en el cerebro y caía muerto. Y si daba lanzada en fiesta pública, hería al toro con tanta fuerza, que clavaba con la lanza la cabeza en el suelo. Para mostrar su ligereza, no menos que sus fuerzas, delante del pueblo y muchos caballeros corrió algunas veces el caballo sin cincha ni pretal por cima de una pared

³⁵ Queda por averiguar, entre otros muchos aspectos, la personalidad real de diversos nobles y jerarquías eclesiásticas que se mencionan por su nombre en el *Cavallero venturoso*, como sucede, por ejemplo, con don Teotonio de Braganza, un obispo de Évora, al que dedica algunos poemas elogiosos (II, pp. 89-95); sobre don Teotonio, cfr. Francisco Palomo, "La autoridad de los prelados postridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotonio de Braganza en el arzobispado de Évora (1578-1602)", *Hispania Sacra*, 1995, vol. 47, n°96, pp. 587-624. También cita al Marqués de Ayamonte (II, pp. 96-97), cuyo título coincide con el de otro noble que figura también en Góngora. Con respecto a la estancia del *Venturoso* en Portugal, téngase presente que en estos años la nación portuguesa está integrada en el imperio español, desde 1580, tras la muerte del rey don Sebastián, en Alcazarquivir, en el reinado de Felipe II, hasta 1640, con Felipe IV, en que vuelve a ser independiente.

muy alta que caía al río, de tres palmos de anchura, y se remataba en unos molinos, y parando allí al caballo, le hacía volver en dos pies en el aire hacia la parte del río, y así tornaba a deshacer la carrera con grande admiración del pueblo. Esto es notorio en aquella ciudad entre la mayor parte de los caballeros y gente popular. (I, pp. 12-13).

2. La batalla de Alcazarquivir y el cautiverio del Caballero

Hacíase entonces gente de secreto para socorrer con cuatro compañías de Sansueña al Rey de Portugal, que pasaba a África. Hicieron Capitán y Maestro de campo de los castellanos a un mozo gran caballero, vecino y amigo del Venturoso, y persuadióle apretadamente que le acompañase en tal jornada, porque aunque no tenía sino año y medio de milicia, el que habían hecho Maestro de campo podía ser su discípulo, porque no había salido de casa ni militado.

Del modo que uno que sabe danzar en oyendo tocar el instrumento le bullen o saltan los pies, poco hubo menester para trocar otra vez el bonete en sombrero de color con plumas, la sotana en colete abotonado y el vademécum en espada y daga plateados. Vendió censos y empeñó casas y juntó tanto dinero como si fuera a bodas, y al partir de su patria hizo estas liras. [Omitimos el poema contra la Fortuna].

Llegó el Venturoso con su amigo el Capitán y Mastre de campo a la ciudad de Lisboa, y estaba ya el Rey con todo su ejército embarcado; fueron los dos a su galera real a besarle las manos, y recibiólos muy familiarmente, mostrando mucho gusto y agrado de su venida. Diéronles luego tres pagas adelantadas en cruzados de oro; compraron guitarras para hacer bailar la zambra a los turcos, y embarcáronse las cuatro compañías de castellanos, que ya los portugueses como a moros los acuchillaban cada día. Y por andar ya estampada esta dolorosa historia, no trataré aquí más que sucintamente lo que conviene a nuestro Venturoso.

Partió el Rey con sus cuatro galeras y muchas naves y saetías en que iba toda su armada, y llegaron a la ciudad y puerto de Cádiz en Castilla, frontera de África. Fue allí el Rey muy festejado del Duque de Medina Sidonia, con doce toros y juego de cañas de los famosos jinetes de Jerez de la Frontera. Pasaron otro día la vueta de Ceuta y Tánjar el desventurado ejército, con muchas prodigiosas señales de su perdición: en el cielo con cometas y en la tierra con estorbos, de tal manera, que aun el Caballero tuvo bastante ocasión para quedarse, que un criado le robó toda su ropa, y le daban licencia para seguirlo, que por lo menos le convidaba el cielo próspera aventura de vestirse y librarse. Y por dos veces que la armada partió de Cádiz, el viento contrario, o por mejor decir, favorable, la volvió a la playa; y la segunda vez, con mucha tempestad, la hizo volver de la mitad del camino.

A tanto llega la divina misericordia en avisar a los hombres por muchas vías de los peligros advenideros, que dice Plinio: "Que dos horas antes que se caiga una casa, se salen della todas las sabandijas y ratones, como que avisan a los moradores que hagan lo mismo". Pero hay algunos, como dice un Profeta, que no quieren oír la voz y aviso de su Dios y señor y castígalos sin remedio. Mas aquí llevaba el ejército dolor de cabeza. Desembarcó el Caballero con cuarenta mil hombres del armada, sin otro gran número de mujeres y mochachos, en los puertos de Ceuta y Tánjar, y diéronles armas. Hallaron allí esperando a Muley Hamete Jarife, el Rey despojado de Marruecos, con sus alcaides, que serían entre ellos y sus amigos quinientos, que el de Portugal iba a favor deste a restituirlo en el reino que le había quitado su hermano menor. Partió al campo la tierra adentro, buscando al Rey. Llegados a una puente grande que se llama de Alcázar, puesta sobre el río Dulce (que amargo fue para tantos), vieron en ella dos

torres fuertes con piezas, una a la entrada y otra a la salida, en la cual esperaban dos mil turcos de a caballo. A la vista della armó luego el campo portugués sus tiendas; reparóse la infantería, que venía maltratada de caminar a pie por secos arenales con las armas a cuestras, muertos de hambre, sed y terrible calor. Tomóse luego acuerdo si se pasaría la puente a fuerza de armas. Dieron su parecer en el consejo de guerra, que atormentasen a una espía que traían preso, y hecho, dijo haber en aquel río un vado una legua más abajo. Pasaron este vado, yendo todo el campo la vuelta de la ciudad de Alcazarquivir, donde está Muley Maluco, Rey tirano de Marruecos, y una legua andada de aquel vado y lengua y media de Alcázar.

Domingo a 28 de julio del año 1578, y la edad del Caballero de veintitrés, se representó el campo del enemigo con poco menos de cien mil turcos y moros con alarabes. Entre tanto que el de los christianos se metía en orden de pelear, dos mil turcos de a caballo, con otros tantos escopeteros a las ancas a más correr, rompieron la vanguardia de dos mil tudescos piqueros, y entrando hasta el cuerpo de guardia y apeándose los arcabuceros y trabando su sanguinolenta batalla; entre tanto, los demás moros tuvieron lugar de ganar a los cristianos 24 piezas de artillería grandes que aún no se habían disparado.

En suma; duró esta guerra campal seis horas, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Viendo el Mastre de campos de ventureros que ya iban de vencida, dijo al Caballero, que junto a él estaba, que tomase un caballo de los que andaban sueltos en el campo y se retirase a la retaguardia a poner en cobro las tres pagas, que dijimos, de todo el tercio de castellanos, que aún no hubo tiempo de repartirse. Y al punto que el Caballero subió en un caballo para poner en ejecución el orden dado, vino una saeta desmandada, y por encima de la gola, debajo de la oreja izquierda, le hirió en el cuello, y quiso Dios que aunque fue penetrante, escapó della.

Corriendo apriesea caballo y sangre, llegó el bagaje y subió en un carro de la ropa y moneda de su Mastre de campo, que bien guardado estaba de algunas concubinas de capitanes desalmados, que ya el pagamento de sus vicios se acercaba, adonde miserablemente acabaron sus vidas sin remedio de rescate. Dos cirugianas destas, las más bien acuchilladas, sacaron la saeta del Venturoso, turquesca, que hasta entonces la de Cupido no le había acertado, y con sus tocas de balante y panizuelos le curaron lo mejor que se pudo.

Vino luego la nueva de la victoria del enemigo y muerte de los tres Reyes: Maluco, su hermano Hamete y el rey D. Sebastián, y la de su Mastre de campo. Rompió el Caballero el arca donde estaban las pagas, y quizo huir con los escudos uy joyas de su Mastre de campo en el caballo, sin saber adonde, porque el vado ya estaba guardado de la mitad de los turcos, que dijimos, de la puente y los mil quedaron de guarnición en ella; y estando en esta confusión, acompañado de llantos y gemidos de infinidad de mujeres y mochachos, vino el tropel de enemigos; saquearon el carro con los demás, y desnudando al Caballero hasta dejarle en camisa y calzones de lienzo, le ataron las manos, y puesto en hilera con otros cautivos lo llevaron a Tetuán. Y hízole mucho daño el haberle hallado con tanto dinero, joyas y vestidos de precio, que si no fuera el reconocerlo tan herido y como desfuciado de la vida, corría peligro en pedirle grande rescate.

Del despojo desta guerra y de las mujeres, mochachos y soldados sanos y enfermos, se hicieron luego tres partes: la primera y principal, para el Gran Turco, de quien eran tributarios y había enviado veinte mil de socorro; la segunda parte, para el nuevo Rey de Marruecos, que sucedió luego, y la tercera, para los capitanes y soldados turcos, moros y alárabes. Habían ya desnudado multitud de christianos y moros muertos, que no quedó vivo ningún tudesco, y para excusar la peste, hicieron grandes fosas en

que echaron todos los cuerpos, sin muchos que se ahogaron en el río cuando volvían huyendo.

Otro día, después de cautivo, fue sacado el Caballero con otros muchos a una plaza en que había más de quinientos castellanos, portogueses y italianos. Y puestos en hileras, andaba un turco grave en un caballo con una vara larga en la mano, y al que le parecía bien tocábale con ella en la cabeza, y luego le cogían sus ministros para llevar al Gran Señor a Constantinopla, y los que por esta vía fueron, nunca se rescataron ni volvieron a tierra de christianos. Y más de cien mozas hermosas y mochachos fueron escogidos para esto este día.

Es muy propio de Dios el sacar de los males bienes, y socorrer a sus fieles al tiempo de la mayor necesidad, que si Él no mete entonces su piadosa mano, no hay aventura ni ventura que valga. De modo que el mal que tenía en tal ocasión el desventurado Caballero, herido, flaco y desangrado, le hizo bien, pues lo desecharon por ruin. Y el mismo día fue vendido a un judío por treinta piezas o reales de a ocho. El cual, en lugar de regalallo y curallo, para sacar el rescate grande, para cuyo fin lo compró, con el odio y aborrecimiento que tienen a Christo y a sus christianos, lo trataba peor que a un perro, matándole de hambre y haciéndole andar con una cadena al pie, majando esparto; y a puesta de sol, le metía en una mazmorra, como un pozo de dos estados, cubierta la boca con una puerta, dándole a comer bizcocho hecho de centeno y mijo. Así apsaba su esclavitud, amarga al cuerpo y muy dulce al alma, porque el pan consustancial della le doblaba el Señor con sus interiores consuelos dándole a meditar, las noches que allí le encerraban a dormir como perro encima de una poca de paja, cuán mayor y mortal esclavitud es la del ánima en pecado mortal apartada de la gracia de Dios. En cuyo infame cautiverio son puestos cada día por el demonio los míseros y ciegos pecadores, y no lo conocen ni sienten.

Algunas noches que el Caballero en la mazmorra, a modo de maitines, clamaba a nuestro verdadero Padre y piadoso Redemptor de cautivos, decía así: "No me anegue, Señor, la tempestad de las aguas de mis tribulaciones, ni me trague el profundo de mi miseria; y ya que se cierra la boca deste pozo cada noche sobre mí, no se cierre el de mis culpas para no ser oído y socorrido". Solía venir, como el cuervo de Elías, una mochacha hija de su amo, y, compadecida dél, abría la puerta o cubierta del baño de la media noche abajo, y diciéndole palabras en hebreo, al parecer amorosas, y lo que más importaba, arrojábale dátiles y manteca fresca de vacas, comida ordinaria de aquella tierra, lo cual solía curarle de las heridas del cuerpo interiores y exteriores. Mucho deseó el Caballero esclavo cazar esta cuerva en esta obscura aventura para hacella paloma por el bautismo, pero como sus visitas y amores eran noturnos y no se entendían en las lenguas unos a otros, no fue posible.

En seis meses que estuvo en cautiverio, en los ratos que podía hurtar de tiempo y fiestas judaicas que le dejaban holgar, compuso en octavas toda aquella desastrada batalla, y se perdió el libro. Escribió asimismo en su esclavitud, el siguiente psalmo "De profundis" a la letra. [Omitimos este salmo en quintillas].

Diole licencia el amo al Caballero para que escribiese a su madre pidiendo quinientos ducados de rescate por estar ya sano, que no quiso soltar ninguno. Hízose así por vía de Melilla, y antes que se cumpliesen los siete meses de su esclavitud, vino allí un religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, que trujo, entre otros rescates, el del Venturoso, empleado en bonetes de grana largos turquescos, que se hacen en Sansueña, que costaron de portes y derechos otros sesenta escudos, y fue llevado, con otros muchos, a su amada patria, sin que por el camino sucediese cosa notable, que todas le esperan en su casa. (I, pp. 60-72).

3. La conversación con el ánima en pena

Son tan pestíferas las fiebres de aquella isla [Cerdeña; el protagonista se encuentra en la ciudad de Caller o Cagliari], que estuvo más de un mes en convalecer y cobrar fuerzas de las que perdió en solos tres días que tuvo calentura.

A los ocho días de su convalecencia, estando el Caballero desvelado en la enfermería que hemos dicho, a la media noche oyó que, en la puerta de fuera de la sala, sonaba como que una persona arrastraba una cadena que llevase al pie, y luego hacía ruido con una llave de loba en la cerradura, como que abría la puerta. Duraba esto tanto de dar vueltas a la llave, que el Venturoso se levantó de su cama, y con una ropa encima de la camisa, se puso en pie a ver en qué paraba aquello, porque había en medio de la enfermería una lámpara grande que daba a toda ella luz. Al cabo de media hora que duró este ruido, cansado el enfermo de esperar, acostóse, y luego sintió caminar por la sala arrastrando la cadena. Tomó una cruz de reliquias que de continuo traía, y puesta su ropa y hecha sobre sí la señal de la cruz, llegó hasta cerca de la lámpara, con más miedo que vergüenza, y no veía cosa alguna, aunque lo oía. Dábanle unos calosfríos y temblores, con los cuales se le alzaba el pelo de la cabeza. Un poco más abajo de la lámpara se le apareció un bulto muy alto, como cubierto con una sábana o persona amortajada. Cobró ánimo el Venturoso, y díjole: “De parte de Dios te conjuro me digas quién eres y qué buscas aquí”. Callábase el bulto y estábase quedo; y tornó otra vez a conjurarlo en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios verdadero. No respondía. Tercera vez le dijo: “Conjúrote *per Deum vivum* que me digas lo que te pregunto”. Entonces con una voz delgada y dolorosa, que parecía sonar dentro de alguna bóveda, dijo así: “Yo soy la ánima del Mayordomo pasado deste hospital, y, para descargo de mi conciencia dejé tales restituciones y misas en mi testamento, que luego se cumpliesen. Y tal persona, mi testamentario, pasa de un año que lo cumple habiendo hacienda. Estoy detenida en las penas del purgatorio, terribles y no creídas del mundo, sólo por esto, y vengo a ti para que pongas diligencia luego en hacer cumplir mis obligaciones, porque yo me vaya a gozar de Dios, por cuyo amor te lo ruego”.

El Venturoso, mientras duró este coloquio, desde que le dijo que era ánima, se le heló toda la sangre, y, medio desmayado, estaba arrimado a la pared, como diez pasos del bulto; pero dándole Dios fuerza, cobró aliento y respondió: “Que, como fuese de día, lo haría sin falta ninguna”. Al momento desapareció el bulto. Volvióse a su cama el enfermo contento de haber grangeado un amigo en el cielo, y maravillado de semejante visión, no pudo dormir el restante de la noche. Como ya fue de día, levantóse y preguntó a otros enfermos (que dormía en la sala, cada uno en su alcoba), si habían sentido aquella noche alguna cosa. Respondieron todos que no, y aunque le preguntaron por qué lo decía, no les descubrió nada. Hizo llamar luego al Mayordomo del hospital; venido que fue, preguntóle el Caballero por el nombre del Mayordomo su antecesor, su vida, fama y el tiempo que había que era muerto, y si hizo testamento y ante quién. Respondió llamarse Pedro de tal y ser tenido por un hombre de buena vida y fama y, a dicho de todos, un santo; que hizo testamento y muchas mandas a pobres ante tal notario, y que su testamentario era tal, persona honrada. Conformó esta relación del Mayordomo con la que el ánima había dicho. Hizo el Venturoso que le llamasen luego al testamentario, que vivía cerca, y era muy devoto de aquel hospital, y venido en secreto, le dio parte de la visión, y le rogó que luego al momento hiciese cumplir todas las mandas, así de misas y obras pías como de restituciones. Excusóse haberse tardado por haber tenido pleitos sobre la hacienda. Hízose todo aquella misma semana, y no se sintió más ruido.

Cobróle mucho amor el testamentario, y hízole muchos regalos, sacólo del hospital, llevólo a su casa a convalecer y dióle a conocer a todos los caballeros de la ciudad y Arzobispo, que entonces hacía oficio de Virrey. Tuvo estrecha amistad con el Conde de Achire, con el Gobernador, que era castellano y nuevamente casado con otra señora castellana, a instancia de los cuales les hizo estas quintillas (I, pp. 185-188).

4. Tres poemas

a) Tercetos [Poema a Córdoba, dedicado a un Oidor de esta ciudad]

¡Oh! Córdoba felice y más famosa
que en toda Europa Apolo y Marte esmalta,
insigne, leal, fértil y abundosa.

Vuelta tu nombre al cielo en voz tan alta,
que se eterniza en todo el orbe el nombre
de tu fama, que en él siempre se exalta.

No menos que de ti y de tu renombre
podía procrearse un tan gran fruto,
cual es un ángel en figura de hombre.

Bien puedes, madre, desechar el luto
con que a tus hijos Séneca y el Mena
y a tu Gran Capitán pagas tributo.

Enjuga el rostro, deja el llanto y pena,
vive de hoy más alegre, pues produces
perlas preciosas de tu blanca arena.

Prelacias, condutas, cargos, cruces
y en especial este sujeto grave,
que alumbrá a España puesta entre dos luces.

El pretérito tiempo y sabio alabe
la virtud de tus hijos tan propicia
y tan grande en el mundo, que no cabe.

Resplandecen tus rayos en milicia,
de Hétores animosos y valientes
y otros heroicos en hacer justicia.

De entendimientos raros y elocuentes
con cinco mil hidalgos ilustrada,
mayorazgos, quinientos evidentes.

Esta felicidad casi olvidada
por hambres, y por pestes, resucita
sólo este hijo que te deja honrada.

Levanta el rostro ya, no estés marchita,
pues este Juez santo basta a darte
más bien que la fortuna adversa quita.

Si te ha quitado tantos hijos Marte,
Júpiter y Mercurio te han honrado
con este solo en quien podrás gloriarte.

Éste es un sapientísimo letrado
estimado del Rey por virtuoso
y de Dios siervo suyo regalado.

Del Supremo Consejo Oidor piadoso,
con equidad y claridad notoria,
que le da en nuestra edad nombre famoso.

Dios le da en esta vida transitoria
las honras y los bienes temporales,
como prenda y señal de eterna gloria.

Que sus entrañas nobles y reales,
aun juzgando en la tierra, no consienten
que el mundo juzgue dellas no ser tales.

Antes porque sus méritos se aumenten
dentro la corte, está fuera del mundo,
porque en él sus miserias no se sienten.

Pasmado está el infierno tremebundo
de ver que en medio la ambición y el fuego
no se quema ni anega en un profundo.

Mas como es planta del divino riego,
no la secan pasiones ni accidentes,
que sirve a Dios y Dios le ayuda luego.

Y corto en darle loores suficientes,
concluyo en que mostró Dios su potencia,
en doctarlo en virtudes excelentes.

A quien suplico supla su prudencia
la falta de mi estilo y flaco pecho,
pues gratitud y amor hay más que ciencia.

Y la merced y caridad que ha hecho
a este conterráneo perseguido,
al alma y cuerpo le será provecho,
siendo de gracia y gloria enriquecido (II, pp. 54-56).

b) Liras en exdrújolos [sic]

Inquieta y débil ánima
quien en tu paz heroica y salutífera
te ha hecho pusilánima,
con menguante lunífera
que a vida celestial volvió pestífera.

En la piedra de escándalo
he tropezado con un vil selvático,
cuando sin ir buscándolo,
presumiendo de plático
estoy confuso en laberinto errático.

Siendo el que la teórica,
con ayuda de Dios ponía en práctica,
y una santa Retórica,
pacífica y flemática,
a la letra guardaba su Premática.

Y hecho un espetáculo
de las tribulaciones más misérrimas,
me eran alivio y báculo,

y a mis fuerzas paupérrimas
daba a ganar victorias celebérrimas.

El demonio falsífico,
echando el resto de su astucia herética,
a mi estado pacífico
forzó con su dialéctica
que estudie a Baldo y Bártul su Aritmética.

Y con dorada máscara
de lo que fui contrario me hace opósito,
cubriendo con la cáscara
un infernal depósito
que a Dios, a mí ni al mundo es a propósito.

¡Padre piadosísimo,
envía a tu ministro auxilio angélico
pues eres clementísimo,
porque este pleito bélico
no me distraiga en tu servicio célico!

¡Dame las fuerzas de Hércules
y de la sierpe la prudencia cauta!
que el que dio nombre al miércoles,
por un punto sin pauta
me adormece y me ciega con su flauta!

Piérdanse las reliquias
con cuanto tiene el mundo puesto en copia,
si por estas aciquias
el agua de la inopia
me anega y quita a Dios reliquia propia (II, pp. 226-227).

c) Madrigales [A la muerte de la Reina Margarita (1611) para el túmulo de Mallorca]

El tercero Filipe, gran Monarca
del Hispano hemisfero,
Tusón vivo Cordero,
vendió el caudal que su potencia abarca
de voluntad bendita,
y compró la preciosa Margarita.

Riquísimo, dichoso, alegre y santo,
en sucesión fecundo,
de Europa al nuevo mundo
con tal Perla oriental se ensalzó tanto,
que la perdió de vista,
pero ganóla el cielo en su conquista.

¡Ay! Despojado Rey y Reinos tristes,
que en prósperos sucesos
os deja Dios los huesos,
del cuerpo que gozar no merecistes;
y al peso de su premio
es el pesar, y llanto en nuestro gremio.

La Parca más tremenda y atrevida,
sin respetar persona,
derribó la corona
de Margarita de Austria en esta vida,
para más levantalla,
y por funesto sueño eternizalla.

La devota y humilde Reina pía,
siendo más religiosa,
que grande y poderosa;
llamóla Dios vigilia de aquel día
del Seráfico humilde,
porque en su fiesta no le falte un tilde.

No pudo dar la tierra más al cielo,
ni recibir él della
más grande y clara estrella,
ni a España suceder más desconsuelo;
pues al León de estima,
en medio el canto le saltó la prima.

Esta Águila Real dejó su nido,
su esposo y sus hijuelos
en lamentables duelos,
y de un vuelo alcanzó al sacre subido,
dejando con su ausencia
herederos al Reino, y a ella herencia.

Las exequias, campanas y los lutos,
túmbulos y carteles
de vasallos fieles,
que dan al dueño los postreros frutos,
son solemne memoria,
que al mundo aumenta en pena, a ella en gloria (II, pp. 326-327).